

**UN CADÁVER
EN EL DESIERTO**

ELISE BROACH

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

Serie Negra Ediciones Siruela

1

Hay problemas que nunca ves venir, como esas tormentas eléctricas que empiezan de la nada. Un día el cielo es azul y distante y de repente se oscurece y se llena de nubes que se ciernen sobre ti. Las hojas se tornan plateadas y revolotean en el viento, el aire comienza a silbar y llega la lluvia, con tanta fuerza y tan rápido que apenas puedes ver. Casi nunca consigues llegar a tiempo a casa.

Eso es lo que ocurrió la noche que atravesamos Nuevo México. Había hecho sol todo el día y en el coche hacía demasiado calor. Yo estaba pegajosa del sudor, harta del asiento de atrás y de que Kit manipulara constantemente el aire acondicionado de forma que sólo le llegara a él. Mi hermano Jamie estaba conduciendo y le dejaba hacer lo que quisiera. Le parecía divertido.

–¡Por favor! –insistí–. ¿Podéis poner el aire para que llegue aquí atrás? –me despegué la camiseta de la piel y me abaniqué la tripa–. Me voy a desmayar.

–Vale –dijo Kit–. No nos vendría mal un poco de tranquilidad.

Jamie se rió, así que di una patada fuerte a su asiento. Entonces movió rápidamente el volante de un lado a otro para que todo el coche se zarandeara y dijo:

–¡Basta, Luce! O te arrepentirás.

Íbamos de Kansas City a Phoenix para pasar las vacaciones de primavera con mi padre. No tengo ni idea de por qué vino Kit. Era el mejor amigo de Jamie y sus padres se habían ido a las Bahamas «para salvar su matrimonio». Es justo lo que no quieres oír sobre los padres de otra persona, aunque me imagino que es mejor que oírlo sobre los tuyos. Nuestros padres ya estaban divorciados, así que Jamie y yo no teníamos que preocuparnos por ese tipo de cosas. Pero hay algo que nunca entendí: cómo una relación puede ser independiente de las dos personas que la conforman, de lo que respira y vive dentro de ella.

El caso es que Kit no tenía nada mejor que hacer en las vacaciones de primavera y decidió venir con nosotros. El viaje cambió totalmente. Ya tenía suficiente con estar relegada al asiento trasero como para encima tener que escucharles hablar de chicas doce horas seguidas durante todo el camino a través de Kansas, Oklahoma, parte de Texas y Nuevo México.

Todo empezó cuando Jamie dijo algo como:

–¿Viste a Maddie Dilworth el sábado en el gimnasio?

Kit dio un puñetazo al salpicadero y exclamó:

–¡Sí, claro! ¡Está buenísima!

Y entonces, como si yo no estuviera, empezaron a hablar de cada parte del cuerpo de Maddie Dilworth, lo que dejó de ser interesante pasados tres segundos. Me senté con mi bloc en las rodillas e intenté dibujar, pero me caían gotas de sudor en la hoja y las líneas se emborronaban. No me podía concentrar. Me quedaba mirando mis piernas flacuchas –demasiado blancas– y cómo la camiseta se me pegaba al pecho. Iba a cumplir quince años en un mes pero cuando estaba con Jamie y Kit siempre me sentía más pequeña, como si tuviera doce.

No paraban de hablar, primero sobre otra chica del gimnasio, luego sobre una estudiante de primero de bachillerato que trabajaba en la droguería Kane, luego

sobre Kristi Bendall, una chica de mi curso. ¡Estaban en segundo de bachillerato! No podía soportarlo más.

–¡Oye! Está en tercero de ESO, imbéciles. ¿No es demasiado pequeña para vosotros? ¡Está en mi clase de matemáticas! No quiero saber lo que pensáis de sus tetas. ¿Podéis parar, por favor?

–Relájate –dijo Kit. Jamie se rió.

Me metí entre ellos y subí el volumen de la radio. Abrí el mapa y lo extendí sobre el asiento. Los interrumpía cada vez que veía una señal. Pero no servía de nada. Estaban en racha y yo estaba condenada a aguantarlos.

–Éste es el viaje más aburrido de mi vida –dije.

–Como si nos importara –gruñó Kit. Ése era el tipo de chico que era. Si no te aguantara, probablemente tampoco estarías allí.

Todo el viaje fue así. Cada vez que parábamos en una cafetería, Jamie y él se sentaban solos en una mesa para poder ligar con las camareras.

–¡Hola! ¿Cómo va todo? ¿Qué nos recomiendas del menú? No, elige tú. Tráenos tu plato favorito, confiamos en ti.

Suena tan mal que lo normal sería que las camareras los ignoraran, pero como los dos son muy guapos se salen con la suya. Jamie y yo nos parecemos a nuestro padre –ojos oscuros, nariz recta, amplia sonrisa– y Kit tiene el pelo rojizo, tan suave y ondulado que te dan ganas de tocarlo. Hasta que lo conoces.

La mayoría de las chicas no eran muy guapas. Tenían el pelo teñido, los dientes marrones y la voz ronca de fumar. Pero sonreían mucho y lanzaban con disimulo largas miradas a Jamie y Kit, y con eso bastaba. A Jamie le encantaban las mujeres y a Kit... Bueno, como diría mi madre, a Kit le encantaba el sonido de su propia voz.

Y yo tenía que ver cómo sonreían satisfechos y les abrían la puerta y dejaban billetes de propina en cada sitio que parábamos. En el último restaurante, la camarera

era mexicana y hablaba inglés a duras penas, así que intentaron con todas sus fuerzas practicar el español que habían aprendido en el instituto —«por favor, claro que sí, no más»— tratando de impresionarla. Nuestro padre es medio mexicano y habla muy bien español, así que Jamie pudo imitarlo mejor que Kit, pero aun así metían la pata constantemente y la camarera se reía de ellos.

Me puse los auriculares en los oídos e hice algunos dibujos en el fino mantel de papel: un cactus, un coyote, la camarera con su frente ancha y suave y sus cejas oscuras y arqueadas... No paraba de pensar en mi mejor amiga Ginny. Si estuviera aquí nos estaríamos partiendo de risa burlándonos de Jamie y Kit. Pero sin ella lo único que podía hacer era tratar de parecer ocupada, y no una perdedora que tiene que comer sola.

Estaba harta de que me ignoraran. Así que cuando volvimos al coche me puse a discutir con Kit para que me cambiara el sitio.

—¡Venga! Has estado sentado ahí todo el viaje. No es justo. Ni siquiera es tu coche. ¡Tengo mucho calor!

—Pues bebe algo —Kit se agachó y abrió con fuerza el pack de seis latas que había a sus pies. Se lo había conseguido un camionero al que le habían pedido que las comprara para que no les pidieran el carnet.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Qué estás haciendo?

Kit le pasó una cerveza a Jamie y cogió una para él.

—Tengo sed —se dio la vuelta y me puso la lata fría en el brazo. Me estremecí y él sonrió abiertamente.

Le aparté la mano de un empujón.

—Dijiste que eran para Albuquerque, para el hotel, Jamie, ¡jo! Mamá te va a matar. No bebas mientras conduces. ¿Qué pasa si nos para la policía?

Jamie me miró por el espejo retrovisor.

—Por aquí no hay policías.

Tenía razón. No había nada más que el desierto, rojizo y pedregoso, extendiéndose en todas las direcciones.

Kansas también era llano, pero no tanto. Era más verde, más suave, con montones de casas construidas entre tierras de cultivo. Aquel lugar estaba vacío. Pasadas unas cuantas rocas y matorrales aquí y allá alcancé a ver en la distancia una línea irregular de montañas, azul y tenue. Pero aparte de eso, sólo la tierra dura y seca con alguna brizna de hierba plateada, cactus como los de los dibujos animados y algún arbusto de vez en cuando. Durante toda la tarde estuve pensando lo extraño que era que alguien hubiera puesto una carretera allí, como si eso hiciera que mereciera la pena visitar ese lugar. Horas antes Jamie se había salido de la autopista principal porque decía que era aburrida.

Di otra patada a su asiento, sólo para fastidiarle.

–¡Para ya, Luce! Ni siquiera hace calor ahora.

Tenía razón. Era casi de noche. De repente el cielo se tornó de un gris denso y tormentoso. Bajé la ventana y dejé que una ráfaga de viento me diera en la cara y el pelo me rozara las mejillas. El aire soplaba a ráfagas y era cada vez más frío. Bramaba alrededor del coche.

Entonces es cuando empezó a llover.

–¡Sube las ventanas! –gritó Jamie.

Un torrente de lluvia cayó del cielo golpeando el techo del coche y empapando la autopista. El parabrisas se empañó y la carretera desapareció.

Agarré el reposacabezas de Jamie.

–¡Más espacio!

–¡Qué guay! –Kit echó la cabeza hacia atrás–. ¡Es increíble!

Era como estar debajo del agua, atravesando rápidamente un océano oscuro y negro.

Entonces lo sentimos.

Una sacudida. Grande pero hueca. Una especie de ¡pum! cuando el coche chocó contra algo.